

V CERTAMEN DE
RELATOS CORTOS
“GRUPO ITEVELESA”

LA CLAVE OCULTA

La lluvia caía fuertemente sobre la capa del inspector García. Abrió la puerta y miró a su amigo Carlos, tendido sobre la mesa de su despacho. Su mano cogía una pluma que apuntaba a una palabra escrita en sus últimos segundos de vida: ITEVELESE.

Varias lágrimas se escaparon de sus ojos, fijos sobre la escena del crimen. No pudo reprimir el recordar recuerdos de antaño cuando jugaban de niños en la calle. La amistad se había reforzado en la Universidad cuando se reencontraron en clases de sánscrito, pasión que ambos compartían al igual que la resolución de complicados acertijos que mutuamente se lanzaban semanalmente.

Carlos fue quien le animó a ingresar en el cuerpo de policía para aprovechar sus buenas dotes analíticas, que ya comenzaban a despuntar: “Tienes un gran poder de deducción y sería una lástima no aprovecharte de ello”, le decía. No obstante siempre le pedía consejo cuando algún caso se enquistaba más de lo normal. Recuerdos rotos ahora por alguien a quien tenía que descubrir. ¿Quién querría hacerle daño y por qué?

—Estas son las declaraciones de todos los trabajadores de la oficina junto con los datos que me pidió. Espero que entienda mi letra.

—No se preocupe. Estoy acostumbrado. Mi letra tampoco es muy clara.

Echó un vistazo a las declaraciones. Lo más significativo era que los tres primeros eran socios de la empresa, por lo que se concentró en ellos.

—Gracias agente.

—Por favor tome rastros de las uñas y del cabello e infórmeme lo antes posible —ordenó al forense de turno que le había acompañado.

—Parece como si el asesino hubiera pensado que estaba muerto y abandonó el lugar del crimen. Carlos debió escribir en un último suspiro esta enigmática palabra —dijo al forense.

—Es muy posible.

—¿Quién vio en primer lugar a la víctima? —preguntó al policía.

—Aquel trabajador.

Su mirada se enfocó sobre el trabajador que vestía un traje impecable de color gris, recién planchado, que tras la puerta de entrada, esperaba a ser llamado para declarar.

— Gracias. Por favor, hágale pasar para tomarle declaración.

El policía así lo hizo.

—Siéntese, por favor. Soy el inspector encargado del caso y estoy tomando declaración ¿Cuál es nombre y su cargo?

—Soy José, encargado de verificar que se cumplen los requisitos de cada envío que pasa por aduana.

—¿Qué relación tenía con Carlos?

— Era el jefe de mi jefe, Alberto.

—Tengo que preguntárselo. ¿Tenía problemas con él?

—No. A veces discutíamos por la forma de hacer algo, pero nada importante. Son las discusiones típicas del trabajo. Él era muy exigente y estricto con las normas.

García le miró fijamente, recriminándole el comentario. No aceptaba de buen grado que nadie pudiese decir nada que molestara la memoria de su amigo.

—¿Fue usted el primero que le vio?

—Así es. Llegué esta mañana a las 7:30, como de costumbre y le vi desde fuera de la ventana de la oficina, tal como está ahora. Abrí la puerta con la llave de repuesto y al verle con un agujero de bala en el hombro y rastros de sangre llamé a la policía.

García se quedó pensativo.

—¿Cómo sabe que es de bala?

—Bueno, soy cazador y reconozco una herida de bala cuando la veo.

—¿Cuándo entró tocó algo?

—No, todo está tal y como lo vi al llegar a trabajar.

—¿La palabra ITEVELESE le dice a usted algo?

—Me recuerda a una respetada e importante empresa de I.T.V.

—¿Qué opinión tiene usted de las I.T.V.?

—Las ITV desarrollan una labor importante. Ayudan a evitar accidentes, favoreciendo un medio ambiente más limpio de emisiones contaminantes...

—Sí. Si todos siguiéramos además los consejos de la educación vial, habría muchos menos accidentes —aseveró—. ¿Ha habido alguna pelea o discusión últimamente?

—Sí. Ayer, por la mañana Alberto y Carlos discutieron y llegaron a las manos. Tuvimos que separarles.

—¿Sabe el motivo?

—No, lo siento.

—Gracias por su declaración. Puede irse. Si necesito preguntarle algo más le llamaré.

García se quedó a solas con el policía. Una discusión fuerte... Una pista más que analizar. En ese momento la imagen de la víctima se le apareció mentalmente como un fantasma requiriendo su atención.

—¿Te dice algo especial? —preguntó Carlos.

García mentalmente respondió.

—Tú me enseñaste la importancia de los detalles: todo es una pista en la escena del crimen, lo que vemos y lo que deberíamos ver y no aparece, que muchas veces es más importante y significativo.

—¿Tu análisis entonces? —inquirió la víctima.

—Te dio tiempo a escribir una palabra, es decir, el asesino no se aseguró que estabas muerto, lo que me dice que la persona que buscamos no es un profesional sino alguien que tuvo algún grave problema contigo en ese momento.

—ITEVELESE —susurró Carlos, mientras su imagen desaparecía suavemente,

Su mirada perdida regresó nuevamente hacia la extraña palabra. Un silencio inquietante, como respuesta, retumbaba en su mente más que cualquier eco y a medida que pasaban los minutos parecía tener vida propia como si todo a su alrededor abocara a su resolución. Carlos sabía que yo estaría aquí, investigando el caso. García llamó al policía, siempre le gustaba que sus subalternos tuvieran la consideración que se merecen.

—Si fueras a morir asesinado y tuvieras algunos segundos, ¿Qué harías? —preguntó al policía.

—Lo más posible es que intentara incriminar al asesino.

—Sí pero dejar una pista clara permitiría al asesino verla y eliminarla al día siguiente por lo que el hecho incriminatorio debía pasar desapercibido a los ojos del asesino, lo cual refuerza mi hipótesis de que es alguien de dentro.

—¿Al día siguiente?

—En asesinatos compulsivos, el asesino trata de revisar lo antes posible lo que hizo, pues teme haber dejado algún rastro que le delate. Por otra parte, debe ser un buen tirador, pues debe conocer que ese tipo de herida será suficiente para causar la muerte.

—¿El asesino? ¿Alguien de dentro? ¿Quiere decir que ha sido alguien de aquí?

—Todo apunta a que sí. Además ¿Quién si no conocía los horarios de la oficina?

—Pero ese conocimiento es público. ¿No?

—Cierto, pero la puerta se abre desde dentro y alguien la bloqueó para poderla abrir más adelante, con algo parecido a un celo, por la marca de pegamento que vi en el pestillo de la puerta, y luego lo quitó, por lo cual no pudo ser un desconocido.

—Entiendo. ¿Podría ser alguien de la empresa ITEVELESA, por el parecido con la palabra?

— Queda descartado, porque sería una pista evidente que hubiera visto y borrado el asesino. Además en este caso habría escrito directamente el nombre del asesino. ¿Para qué perder el tiempo intentando escribir el nombre de su empresa?

— ¿Y si no lo conocía?

— Este asesinato implica una relación fuerte con la víctima, y las pistas indican que no fue predeterminado, eliminando la posibilidad de actuación por un profesional, pues éste se hubiera asegurado que estaba muerto.

El policía asintió ante la rotundidad del razonamiento.

García mentalmente siguió progresando en su análisis: ITEVELESE es una clave, quizás sea un nemotécnico. Los minutos pasaban y había llegado a un punto muerto.

En ese momento su amigo abrió los ojos pausada y lentamente. Serio, sin moverse, dibujó un puente y al final una letra en sánscrito muy reconocible para él. La crudeza de su mirada se posó sobre el inspector, que petrificado veía como su mano se acercaba lenta y continuamente hasta que despertó repentinamente. Tras abrazar de nuevo la realidad y reponerse del susto intentó interpretar el sueño. Ambos eran aficionados al idioma sánscrito. Si separamos la frase en trozos. “ITE” en sánscrito significa ir, “V” representa al número 5 al igual que en la numeración romana, “EL” significa hacia arriba, pendiente, “ES” significa activo, actor y “E” es el número 2. La última letra aparece como tachada y parece que la escribió encima de otra vocal que parece una “A”, seguramente fue lo último que pudo escribir antes de morir y lo emborronó sin querer.

Estuvo pensando durante algunos minutos hasta que la llamada del forense le dio un motivo para descansar.

—Soy el forense. Ya tenemos la hora de la muerte: alrededor de las 7:30 de la noche. La bala fue disparada a una distancia cercana. Se ha encontrado rastros de su piel en las uñas que no son de la víctima.

—Perfecto y...

—Coinciden con alguien de la oficina a quien tomamos muestras. Se llama Alberto.

—Alberto es el segundo en el organigrama, uno de los socios de la empresa, con lo cual buscaré algún beneficio que esto pudiera reportarle. Gracias. Cuando tengas más datos llámeme, por favor.

García siguió con el razonamiento. Recordó que a ambos amigos les gustaba los acertijos gráficos ¿Y si la palabra fuera un mapa?

Midió 5 metros en varias direcciones, y el único camino significativo era el que le dejaba frente a la escalera. ¡Eureka! ¡Eso es! Una pendiente.

Subió hasta la puerta de la oficina en la parte superior y echó un vistazo. Bajó rápidamente y preguntó al policía.

—¿Cuántas personas hay en la oficina de arriba?

Tras un vistazo a sus apuntes contestó.

—23 trabajadores.

—Gracias. —Eran demasiados para un razonamiento cruzado pero sabía que su amigo tendría en cuenta este dato: 23 trabajadores y el número 2 ¿Tenía que buscar alguna relación? ¿Y si el 2 era la categoría del empleado?

Llamó al policía que estaba en la puerta, que al ver su señal subió rápidamente.

—Por favor, haga pasar a José al despacho.

Al entrar José le miró con cara de sorpresa.

—No se preocupe. Le he hecho llamar sólo para preguntarle una duda. A partir de ahora ¿Quién sustituirá a Carlos?

—Sería Alberto, mi jefe, el segundo de abordo.

—¿Sería? ¿Es que hay posibilidad de que no lo sea?

José se quedó un segundo dudando.

—No, claro será él.

—Puede irse a su casa.

—Es un placer poder ayudar.

—Por favor llame a Alberto, quiero hablar con él —ordenó al policía.

Alberto era un chico joven. Vestía cazadora y ropa cómoda. Tras presentarse como inspector le hizo la primera pregunta.

—¿Qué estaba haciendo ayer sobre las 7:30 de la tarde?

—Estaba atendiendo un encargo fuera de la oficina con un tasador.

—¿Puede atestiguarlo el tasador?

—Pues... no, porque no apareció al final – contestó dubitativo.

—¿Tiene algún testigo que le viera allí?

—Pues fue a la dirección de la nota pero al llegar allí no había nadie.

Esperé algunos minutos en el número de la puerta donde habíamos quedado, pero nadie se presentó, como ya le dije.

—¿No tiene su teléfono?

— No

—Entonces, ¿Regresó a la oficina o se fue a su casa?

—Me fui a casa directamente.

—¿A qué hora llegó?

—¿Sobre las 9:00

—¿Un poco tarde?

—Siempre hay mucho tráfico en aquella carretera.

—Alberto, creo que tiene un problema. Tenemos varias pistas que le incriminan. Carlos, en sus últimos momentos de vida señaló a su asesino. Una confesión de este tipo es determinante en estos casos y le apunta a usted, pero además en las manos de la víctima han aparecido rastros de su ADN. Por lo cual le informo que es sospechoso.

—Eso es imposible, yo no he hecho nada. Quizás estén allí porque ayer tuvimos una pelea, de la que imagino ya le habrán informado.

—Usted tuvo la oportunidad, un móvil y algunos rastros de ADN le sitúan en la escena en el momento del crimen. Además ayer, como dice, tuvo una fuerte discusión, que llegó a las manos según tengo apuntado aquí, que fue vista por varios trabajadores.

—Carlos tenía una fuerte personalidad. ¿Móvil? ¿A qué móvil se refiere?

—Tenían discusiones constantes y usted también saldría ganando: debido a los estatutos de la empresa, pudiendo adquirir su parte. ¿No? Si confiesa podrá ahorrarnos a todos mucho tiempo y disminuirá su condena.

— No soy un asesino. Discutíamos a menudo pero de ahí a matarle va una eternidad.

—Agente, por favor, detenga a Alberto.

—Se equivoca —aseveró Alberto.

El policía le puso las esposas y lo llevó a la comisaría. A los pocos días se celebró el juicio y Alberto fue acusado de homicidio en primer grado.

Varios días después García estaba tomando con sus compañeros unas cervezas, celebrando el caso. Un anuncio de un dentífrico llamó especialmente su atención: “el eslogan da brillo a tu dentadura” en el que aparecía una mujer borrando manchas. Se quedó mirando fijamente el anuncio.

José salió del trabajo y condujo lentamente hasta un contenedor de basura donde tiró una bolsa de plástico. De camino hacia su casa unos potentes focos le deslumbraron. Parecía un control de tráfico. En medio de los agentes apareció el inspector García que se acercó lentamente. Sonriendo, dio un golpecito para que levantara la ventanilla del coche. José estaba malhumorado.

—Buenas noches ¿Qué ocurre? Tengo prisa

García gesticuló mirándole de una forma extraña.

—Le detengo por el asesinato de Carlos Jiménez.

—Soy inocente. Eso es imposible. Ayer mismo vi en la televisión que el caso estaba cerrado y cómo el culpable había sido detenido y encarcelado.

—Su estrategia estuvo a punto de engañarnos a todos pero al ver un anuncio recordé la palabra ITEVELESE; tenía la última letra tachada. ¿Y sabe qué letra mostró la espectrografía que estaba tachada? La letra "E"...Hecho que usted conocía perfectamente, al igual que su valor en sánscrito: "3". "3" —insistió...— La categoría que tiene usted en el organigrama de empresa—enfaticó mientras le apuntaba con el índice, acusándole. —Recordé su traje impecable la primera vez que le vi, y pensé. Es verano, por lo que debería circular en la oficina en camisa. Una persona como usted, tan pulcra, siempre suele tener una camisa de recambio y la suya aparecía impecable, sin arrugar, propia de habérsela puesto nueva en el momento. Eso me hizo pensar. Al verse salpicado por la sangre de Carlos, guardó la camisa dentro de su taquilla, para no ser visto por algún trabajador al salir. Debido a la atención en el caso, no tuvo tiempo material de deshacerse de ella.

—Pero yo oí ayer que el caso había sido cerrado.

—Así es. Estábamos siguiéndole desde hace días y necesitábamos dar un último golpe de efecto para que se confiara. Oyó por televisión la noticia que queríamos filtrar a la prensa de que la operación se había cerrado. Todo era un entramado para que se deshiciera de la prueba que le incriminaba: esta camisa. La que acaba de tirar a la basura —García mostró una camisa con manchas de sangre,

—No he visto esa camisa en la vida.

—No se esfuerce, está todo grabado y registrado ante notario. Hemos recogido esta camisa del contenedor donde usted la acaba de tirar y el forense confirmará que es la sangre de la víctima.

—No es necesario —dijo José, bajando la mirada. —Llevo varios días sin dormir. Fue un accidente – explicó José—. Yo sólo quería intimidarle para convencerle. Le disparé para asustarle pero él se levantó de improviso y recibió el tiro accidentalmente. Yo tenía problemas de dinero y le pedí vender nuestra empresa a un grupo empresarial interesado, pero él se negaba una y otra vez.

—Por favor, agente, espósele y llévele a comisaría para tomarle confesión. ¡Ah! y llame a la prisión para que liberen lo antes posible a Alberto; es inocente.

García miró hacia arriba. Carlos en su mente sonreía con un gesto de aceptación: “Lo has vuelto a conseguir”, mientras su silueta desaparecía lentamente